

Sombras de difuntos

José Manuel Lara Briones



Capítulo 1

Sombras de difuntos

1

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me trajo a las mentes aquel relato de Bécquer titulado El Monte de las Ánimas.

Una tontería, pensé aún tumbado en la cama con la sábana apoyada sobre mi torso desnudo. El Monte De Las Ánimas era una simple leyenda inventada por un gran escritor. Esto es la vida real, no hay fantasmas caminando por las calles.

Ni siquiera me di cuenta de porqué pensé aquello.

Aún así, me costó volver a conciliar el sueño. Cualquier ruido en el exterior de nuestra casa parecía provenir de ultratumba. Incluso los gatos que paseaban por las calles de piedra maullaban de forma tétrica; como con tristeza. A fin de cuentas, era una noche triste.

Al final volví a caer dormido.

A la mañana siguiente, cuando desperté, mi madre había muerto.

2

El doctor Castro, único doctor que realmente sabía lo que se hacía en varios pueblos a la redonda, dijo que había sido por un ataque al corazón. Me lo creí en un principio por el mero hecho de que mi madre llevaba ya enferma bastante tiempo. Cada dos por tres sufría taquicardias, ataques de ansiedad, y aceleraciones bruscas de su sistema nervioso.

Muchas noches, de madrugada, me despertaban sus gritos agónicos de sufrimiento. Entonces iba corriendo a su habitación y me la encontraba tumbada boca arriba, con los ojos abiertos y fijos en el techo. Temblando de miedo. Su corazón latía y golpeaba su pecho con una fuerza increíble, incluso, a veces, se retorció de dolor. Por suerte tenía siempre sus pastillas sobre la mesilla de noche, junto a la lámpara de aceite. Se tomaba un par de ellas y poco a poco recuperaba la normalidad hasta quedarse dormida.

Cuando todo ocurrió, llevaba viviendo y cuidando de mi madre yo solo durante dos años, desde que cumplí dieciocho. Mi padre —el que ahora podrá volver a encontrarse con su gran amor— murió fusilado durante la guerra civil. Al parecer, y por razones que se escapan a mi conocimiento, él era muy buscado en la ciudad. Por ese motivo nos mudamos a este pequeño pueblo del norte cuando pocos días después estalló la guerra. Mi padre debió vaticinarlo. Según decía, aquí estaríamos a salvo. Y así fue hasta que alguien muy cercano a nosotros pegó el chivatazo de donde nos escondíamos. Vinieron y se lo llevaron. No se resistió. A los pocos meses mi madre enfermó y ya no pudimos volver a la ciudad. Su enfermedad la mantenía casi todo el día en la cama tumbada, sin poder valerse por ella misma para la mitad de las cosas.

Éste fue su final. Un final triste para una vida llena de sufrimientos y amarguras. Una vida que en la que su única felicidad fue conocer a mi padre y concebirme sin haberse casado, cosa muy mal vista en aquella época, y que aún así, llevaron a cabo.

Todo este dolor se podía reflejar en sus ojos inertes mientras el doctor le echaba la sábana por encima; unos ojos verdes sin vida. Unos ojos llenos de terror. Me acordé entonces del doble de las campanas que había escuchado por la noche. Unas campanas que sonaban en mitad de la noche, tristes. Lloraban por mi madre.

Entonces me abalancé sobre su cuerpo y comencé a llorar. Nadie hizo nada por separarme.

Todo ocurrió hace dos años.

3

Mi tía, la hermana de mi madre, vino a vivir conmigo a los dos meses. Susana, que así se llamaba, era viuda y vivía sola en la ciudad. Su marido, al igual que mi padre, murió en la guerra. Por eso no tuvo objeción alguna cuando la llamé para decirla que por favor viniera, que no

podía pasar solo ni un momento más. Aceptó al instante.

Y así pasó el tiempo. Mi tía, por supuesto, también quedó muy afectada, y entre los dos nos fuimos dando ánimos cada vez que los necesitábamos. Fueron tiempos muy difíciles, sobre todo al principio, cuando ninguno de los dos tenía siquiera fuerzas para consolar al otro. Muchas noches, ambos nos quedábamos tumbados sobre la cama de mi madre, llorando desconsoladamente sin que nadie pudiese ayudarnos. Pero dicen que el tiempo todo lo cura, y nosotros poco a poco fuimos superando la pérdida de mi madre. Hasta que de nuevo todo volvió a comenzar.

4

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me trajo a las mentes aquel relato de Bécquer titulado El Monte de las Ánimas.

Una tontería, pensé. Pero entonces algo en mi interior se activó y comencé a temblar. Recordé que la noche que murió mi madre; un año antes había escuchado exactamente lo mismo. ¿Casualidad? No lo sé.

Me quedé en la cama boca arriba, con los ojos abiertos de par en par, funcionando como un receptor para todos los sonidos que llegaban a mí desde la calle. Al principio apenas se oyó algo salvo el eco de las últimas campanadas rebotar en las fachadas, pero acto seguido la cosa fue distinta.

Me disponía a volver a dormir cuando una suave brisa, que ganaba fuerza con el paso de los segundos comenzó a soplar en el exterior. El silbido de ésta se metió de lleno por las rendijas de mi ventana. Los gatos maullaban, tristes y solitarios. Pero no eran maullidos, no señor, parecían leves gemidos de seres de ultratumba. Almas en pena que avanzaban cautelosas por las calles oscuras y solitarias del pueblo. Se podía oír el eco de sus pasos, de sus voces... Llegaban y atravesaban la puerta...

Y ya estaban dentro.

Dentro de mi casa.

Aquel pensamiento me estremeció y una oleada de terror se apoderó de mi cuerpo. Ahora todo se intensificaba. Las voces estaban dentro, podía oírlas con una claridad casi perfecta. Eran palabras

inteligibles, como en otro idioma; o puede que fueran gritos, no lo sé, estaba demasiado asustado.

Me asomé a la ventana. El viento aún soplaba y los árboles se retorcían al son de éste. Las ramas chocaban entre sí y varias de sus muchas hojas se soltaban para volar libres por el cielo estrellado. Pero la calle estaba desierta, como cualquier otra noche a las doce. Las sombras de las casas se extendían débilmente por las calles de piedras, ocultando el resplandor plateado de una luna redonda que, desde el cielo, veía como los humanos se retorcían de miedo ante la noche más terrorífica del año.

Y en aquel momento, un nuevo ruido a mis espaldas me sacó de la ventana. Procedía del piso de abajo, una especie de chirrido agudo como el de una tiza en una pizarra. En seguida traté de negarlo, de creer que era simplemente el miedo que corría por mis venas. Una mala pasada, pensé.

Pero no. El mismo ruido, a la misma distancia. En seguida lo asocié: Una puerta abriéndose y cerrándose. La puerta que daba a las escaleras del piso de abajo. Avancé cauteloso, de puntillas, con el corazón en un puño hacia el oscuro pasillo. Un leve resplandor se filtraba a través de la ventana e iluminaba el interior.

—¿Ti... tía Susana? —susurré antes de asomarme.

Al principio no vi nada que no fuera el simple corredor vacío, con la entrada a la habitación de mi tía a la derecha y al otro dormitorio vacío a la izquierda. Por desgracia sólo fue al principio. Cuando pensaba en retirarme a mi habitación pude ver algo al final del todo; algo que tapaba la poca luz que había. Era una sombra. Una sombra que parecía ascender lentamente desde las escaleras, casi silenciosa. Pude oír las ligeras pisadas que producía al tiempo que me tapaba la boca para no gritar y caía de rodillas al suelo. No era una sombra normal.

Era una sombra tridimensional. Andaba como una vulgar persona.

Me quedé bloqueado en donde estaba, sin poder moverme. El tiempo se paró para mis adentros mientras mi mente trataba de asimilar las cosas. Todo se volvía oscuro y confuso; el pasillo parecía alejarse, separarse de mí. Comencé a tiritar, no sé si de miedo o de frío. Cuando mi cuerpo reaccionó, me arrastré hasta apoyarme de espaldas a la pared del fondo. Vi a aquella sombra meterse en la habitación de mi tía. Me mareé y mis ojos lo volvieron todo borroso. Un momento después caí desmayado al suelo.

A la mañana siguiente mi tía habría muerto.

5

Todo esto sucedió exactamente el año pasado. Yo mismo enterré a mi tía al día siguiente, poco después del alba. La metí en mi furgoneta y me la llevé lejos. Aquí no tenía amigos, y yo era su única familia, por lo que nadie, salvo yo, la echaría de menos.

Después de lo sucedido supe que mi madre tampoco había muerto de forma natural como dijo el doctor. Una maldición debe pesar sobre esta casa. Algo terrible se esconde en la oscuridad, al acecho, y que sólo aparece cuando doblan las campanas en la noche más triste del año.

Por desgracia ya es demasiado tarde como para hacer algo.

Hoy mismo se cumple un año de la muerte de mi tía y dos del de mi madre. Desde entonces no he intentado hacer nada al respecto. Simplemente he esperado. Y la hora ha llegado.

Hace una hora aproximadamente, en la noche de difuntos, me ha despertado el doble de las campanas. Su tañido monótono y eterno me ha traído a la mente aquel relato de Bécquer titulado El Monte de las Ánimas. ¿Por qué me seguirá recordando a lo mismo?

Me he levantado y me he sentado a escribir esto, para que quien lo encuentre más tarde, sepa lo que realmente ocurrió. Yo no lo contaré.

Y no lo haré porque acabo de escuchar algo, allá, en la calle. Ni me he molestado en mirar, sé perfectamente lo que es. Lleva esperando un año para venir a por mí. ¿Para que huir? Por fin podré ver a toda la gente que quiero.

Sólo un ruido ha estorbado mi quehacer. Ha sido el de la puerta que conecta el piso de arriba con el de abajo.

Y ahora vienen las pisadas. Lentas y apenas perceptibles pisadas de una sombra que avanza lentamente por el pasillo. Pisadas que poco a poco se acercan... se acercan... se acercan... y que se posan detrás de mí.

Un aliento en mi nuca...

Una ligera risa...